

las leyes son las leyes. No podíamos permanecer en Holanda.

Tan pronto comprendimos que los oficiales no creían nuestra historia, y que no tenían interés alguno en cualquier alegato que pudiéramos hacer en nuestra defensa, les pedimos que telefonaran a la Universidad Libre. Echaron nuestra petición a un lado con un gesto de impaciencia, y después de hacer algunas preguntas adicionales, salieron un momento para consultarse en privado. A los pocos minutos, volvieron. Podíamos leer las malas noticias en sus rostros, por lo que no nos sorprendimos cuando el oficial a cargo nos hizo seña de que nos levantáramos y nos comenzó a sacar de la habitación.

—No pueden entrar a Holanda sin una visa —nos dijo, tomándonos por el brazo—. Los pondremos a bordo del próximo vuelo a Uganda.

Más tarde supimos que era menos oneroso para las líneas aéreas ponernos a bordo del avión hacia Uganda, que pagar las fuertes multas exigidas por el gobierno por dejar que unos pasajeros abordaran el avión sin visa.

En ese momento, sentimos que el mundo se nos venía abajo. Miramos a los oficiales llenos de terror, y en la forma más desesperada, les suplicamos que llamaran a la Universidad Libre. Se negaron otra vez. El funcionario a cargo estaba a punto de sacarnos por la fuerza de la habitación, pero cuando iba a abrir la boca para hablar, un investigador del gobierno entró por la puerta.

El investigador era un hombre grueso de poca estatura, con el típico rostro redondo holandés. Inquirió en el caso con mucha minuciosidad, y escuchó con atención mientras los funcionarios de la línea aérea explicaban nuestra historia. Cuando terminaron, el investigador nos miró con simpatía. Nos explicó que no podía hacer nada para ayudarnos, pero podía "corroborar los hechos". Telefonaría a la Universidad Libre.

Una hora más tarde, el doctor Rookmaaker entró en la habitación. Venía seguido del doctor Van Noord, funcionario de alto rango de la Universidad Libre. El aspecto de estos hombres, tanto a mí como a Penina nos pareció angelical. Pero no había tiempo para reuniones de bienvenida. Los funcionarios de las aerolíneas estaban preocupados de que pudiéramos confabularnos, y se los llevaron a una oficina cercana. Cerraron la puerta tras ellos, y una vez más tuvimos que esperar largo tiempo llenos de ansiedad. Damali llevaba ya dos días sin tomar leche, y estaba llorando sin fuerzas en las faldas de Penina.

Tras la puerta cerrada, el doctor Rookmaaker presentaba nuestra defensa ante los funcionarios de aduanas del gobierno. Les mostró recortes de periódico que describían el régimen genocida de Amín, y les mostró uno de los telegramas anónimos que habíamos recibido antes de nuestra partida hacia Uganda. Con su lenguaje más vehemente, afirmó que Holanda siempre había sido y debía seguir siendo un refugio para los oprimidos.

Prosiguió diciendo: —Uganda es la Alemania de Hitler, a una escala menor. Si ustedes expulsan ahora a esta familia, nosotros, los holandeses, seremos sus asesinos. Su sangre caerá sobre nuestras cabezas.

Después de lo que nos pareció varias horas, la puerta de la oficina se abrió, y salieron el doctor Rookmaaker y el doctor Van Noord, seguidos de cerca por los funcionarios de la línea aérea y el investigador gubernamental. El investigador nos entregó varios documentos en blanco y un bolígrafo, y nos dijo que escribiéramos nuestra historia con lujo de detalles. Cuando terminamos, nos entregaron unos papeles temporales de identificación y nos advirtieron que debíamos presentarnos ante la policía local al cabo de dos semanas. Salimos del aeropuerto a las seis horas de haber llegado a Amsterdam. Era el jueves 20 de septiembre. De repente me di

cuenta de que ¡hacía sólo cuatro días que habíamos salido de Amsterdam!

Esa noche dormimos en un apartamento que nos proporcionó la Universidad, agradecidos de estar vivos, y demasiado exhaustos para preocuparnos por el futuro. A la tarde siguiente, una señora llamada Nany Meister, de la oficina de estudiantes extranjeros de la Universidad, nos ofreció su apartamento como hogar temporal. Muchos amigos más se unieron a los esfuerzos de la señora Rookmaaker y de la organización "Salve a un niño bordando" para proveernos de alimentos y ropa. Al cabo de dos semanas, teníamos todo lo necesario para formar un hogar y Damali, que en aquellos momentos necesitaba más estabilidad, se había acomodado de nuevo a un horario normal.

A principios del mes de octubre, precisamente cuando comenzábamos a hacer planes para el futuro, nuestra vida fue interrumpida de nuevo. Una tarde, Penina salió a una tienda por departamentos para comprarle unos zapatos a Damali, y mientras esperaba en fila para pagar, entró un hombre musculoso de tez oscura con las cicatrices tribales de los nubios. Usaba una camisa floreada y aun a través de sus lentes oscuros, Penina sintió su penetrante mirada. Se recostó a la pared con las manos en los bolsillos, y parecía estar esperando a que Penina terminara de hacer sus compras. Las manos de Penina temblaban mientras pagaba, y en ese momento entró corriendo de repente un chofer de taxi a la tienda. Cuando vio al nubio, le exigió en voz alta que volviera al taxi o que se buscara otro. El nubio miró a Penina por última vez, y salió.

Penina llegó temblorosa a la casa esa tarde. Me contó su experiencia, y cuando terminó, permanecimos sentados por largo rato en un silencio pasmoso. Las semanas transcurridas desde que salimos de Nairobi habían hecho que el terror de Uganda se convirtiera en un

sueño lejano. Nunca nos habíamos imaginado que aun en la bulliciosa metrópoli occidental que es Amsterdam, estaríamos en peligro.

Ciertamente, habíamos escuchado muchas historias. Hacía poco que el embajador de Uganda en Francia había sido asesinado cerca de su embajada de París. Por aquellos mismos días, Scotland Yard había informado que había más de cuarenta asesinos nubios en Inglaterra aterrorizando a los exiliados ugandeses. En los círculos diplomáticos, se sospechaba una purga general de todo el personal diplomático de Uganda.

Penina y yo nos preocupábamos ante tales informes, pero no temíamos por nuestra vida, ya que no estábamos involucrados en la política. Ahora, con la aparición del nubio, nuestra pesadilla volvía de repente. Parecía que no existía un lugar en el mundo donde pudiéramos estar a salvo de Amín.

Antes de acostarnos, Penina y yo leímos el libro de los Salmos. Desde nuestra huida de Uganda, nos habíamos sentido muy afines con David, el rey fugitivo. Ahora más que nunca, nos sentimos conmovidos por su angustia. Leímos una porción del Salmo 18, y cuando terminamos, Penina me dijo: — Es como si ya no estuviéramos leyendo los Salmos, sino escribiéndolos:

Me rodearon ligaduras de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon, me tendieron lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios. El oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos (Salmo 18:4-6).

Durante los días que siguieron al encuentro de Penina con el nubio, permanecíamos dentro de nuestro apartamento la mayor parte del tiempo, y salíamos sólo para las diligencias necesarias o a la universidad. Las estrechas calles de Amsterdam, que una vez nos parecieron

amigables y seguras, ahora nos parecían siniestras y opresivas. Varias veces me sorprendí mirando por encima de mi hombro, esperando ver en cualquier momento una figura alta y sombría siguiéndome los pasos.

Esta existencia llena de tensión podría haber durado por tiempo indefinido, si no hubiera sido por la ayuda de los Rookmaaker. A principios del mes de noviembre, hicieron arreglos para que nos trasladáramos a *Eck en Wiel*, pensando que estaríamos más seguros en el campo. Nos dieron una habitación, y una vez que nos acomodamos, comencé a trabajar podando árboles. Al poco tiempo, hubo una vacante de tutor en la sala de estudios. Agradecido de estar a salvo del invierno norteño, comencé a trabajar dentro del edificio supervisando a los estudiantes y ayudando a hacer transcripciones de cintas magnetofónicas.

Durante esa temporada en *Eck en Wiel*, hicimos planes para mudarnos a los Estados Unidos. En la primavera anterior habíamos conocido al doctor Edmund Clowney, presidente del seminario Westminster en la ciudad de Filadelfia, Pennsylvania, que estaba de visita en el hogar de los esposos Rookmaaker. Había conversado a fondo con el doctor Clowney acerca de la escasez crítica de pastores con buena preparación académica en Uganda y estudiamos la posibilidad de enviar a algunos de los ancianos de la Iglesia Redimida a estudiar a Westminster.

Sin embargo, al proseguir con la conversación, descubrimos que no había nadie disponible que llenara los requisitos de admisión. Yo era uno de los muy pocos con preparación universitaria, y en esos momentos no tenía intención alguna de dejar mi carrera de magisterio. Ahora, que era un refugiado sin profesión alguna, mis pensamientos giraron cada vez más en torno a la preparación para un futuro ministerio entre mi pueblo.

Siguiendo las indicaciones del doctor Rookmaaker, le escribí al doctor Clowney solicitando mi admisión al seminario.

Mientras esperábamos la contestación del doctor Clowney, recibimos noticias de Uganda por primera vez: una carta de Alí. Le era posible escribir, sólo porque había salido de Uganda a unas cortas vacaciones en el Mediterráneo.

Hermano Kefa, debemos alabar a Dios por sus grandes obras. Usted y su familia cruzaron la frontera con Kenia sólo unos minutos antes de que las noticias de su huida causaran el cierre de todas las estaciones fronterizas. Los agentes de Amín siguieron su rastro hasta Nairobi y luego hacia el aeropuerto, pero cuando por fin supieron dónde estaban, su vuelo ya llevaba treinta minutos en el aire.

Alí nos daba un informe completo de los asuntos de la Iglesia Redimida. Ya no se celebraban servicios públicos en los terrenos de la iglesia, sino que los miembros de la congregación se estaban reuniendo en los hogares. Los ancianos fueron amenazados después de mi huida, pero Kiwanuka había pasado por encima de la cabeza de Malire, acudiendo directamente a Amín para interceder por el bienestar de ellos. No tuvieron más problemas. La noche que huimos de Uganda, Malire y sus hombres habían invadido el Hogar Kijomanyi, pero habían hecho muy poco daño, y el hogar aún estaba abierto. La única desgracia que acaeció, tuvo que ver con nuestras pertenencias personales. Nuestro hogar fue saqueado por completo y nuestro auto, un Datsun modelo 1971, iba por las calles de Kampala guiado por un conocido capitán del ejército.

La noticia sobre la seguridad de los ancianos nos renovó los ánimos, pero nuestro alivio fue de corta

duración. Una semana después de recibir la carta de Alí, recibimos tristes noticias de Adoniya Kirinda, el anciano que estaba a cargo del Hogar Kijomanyi. Kirinda telefonó desde Londres, hacia donde a duras penas había escapado con vida.

— Regresé al hogar tarde una noche — me explicó Kirinda con voz sosegada — y hallé el cuerpo de mi inquilino tirado en un charco de sangre frente a la puerta principal. Hacía poco que se había convertido a Cristo, y había sido yo quien lo había llevado al Señor. Su cuerpo fue atropellado por un camión y le habían disparado a quemarropa muchas veces.

— Tuve temor de entrar a mi casa, y salí de inmediato a la casa de un amigo, quien me informó que los soldados habían llegado a mi hogar al anochecer buscando al "hombre del Hogar Kijomanyi". Confundieron al inquilino conmigo, y cuando protestó, lo arrastraron hacia afuera y lo mataron a tiros. Lo dejaron desangrándose en el suelo, y se subieron a sus camiones. Cuando se marcharon, le pasaron por encima con ellos.

Kirinda permaneció callado por unos momentos, y luego continuó. Parecía estar profundamente deprimido, y yo no sabía cómo consolarlo.

— Pasé la noche en la casa de mi amigo, y luego me fui a pie por los montes. A los dos días crucé la frontera de Kenia. En Nairobi oí decir que después de mi desaparición, el hermano M. fue puesto a cargo del orfanato, pero que a los pocos días también tuvo que huir porque peligraba su vida. El Hogar Kijomanyi se ha disuelto y los niños han sido echados a la calle.

La conversación con Kirinda me hizo enfermar del estómago. Las caras de decenas de huérfanos pasaron por mi mente, y me pareció oírlos llorando por las calles de Kampala. De repente, todo lo que habíamos hecho en nuestra vida se había perdido. ¿Cómo sobrevivirían

ahora? ¿Qué pasaría con Okelo? Había vivido en la seguridad del orfanato desde el asesinato de sus padres y desconocía por completo la existencia animal de los niños callejeros. No existía nada en su forma de crianza que pudiera prepararlo para la desesperada lucha por la supervivencia. ¿Qué pasaría con Florence y Topista? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que padecieran de parásitos y de desnutrición? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que olvidaran todo lo que habían aprendido en la escuela, antes de que se volvieran a unir a las filas de los analfabetos sin esperanza, destinados a la pobreza para siempre?

El último comentario de Kirinda por teléfono sirvió para aumentar mi desánimo. El mismo Kiwanuka se encontraba en aprietos. Sus recientes esfuerzos a favor de los ancianos habían enfurecido a Malire, quien había jurado vengarse. Era sólo cuestión de tiempo que cumpliera su venganza. Kiwanuka, con terquedad, se negaba a creer que se hallaba en peligro, y se resistía con firmeza a todos los intentos de persuadirlo para que abandonara el país.¹ Todos sus amigos estaban de acuerdo en que si no se marchaba del país pronto, jamás podría hacerlo.

Nos preocupamos mucho por Kiwanuka, y durante todo el mes de noviembre oramos con ahínco por su seguridad. A principios de diciembre tuvimos noticias de nuevo de nuestro amigo en Londres. Una tarde, Malire y sus soldados rodearon el negocio de Kiwanuka, pero de antemano, alguien del ejército le había dado aviso sobre el peligro que corría. Cuando los soldados derribaron la puerta, Kiwanuka ya estaba cruzando la frontera de Kenia con Uganda. Cuando llegó a Kenia, fue recibido de inmediato en los círculos de mayor influencia en la sociedad de Nairobi. Kiwanuka había luchado hombro a hombro con Jomo Kenyatta, el presidente de Kenia, durante la lucha por la independencia del África oriental.

Como resultado de esto, tenía muchos amigos de alto rango en el gobierno de Kenia, incluyendo al mismo Kenyatta. Estos amigos le prometieron establecerle un nuevo negocio, y sólo aguardaba a que su familia se reuniera con él.

Sentí alivio al saber que Kiwanuka había salido por fin de Uganda, pero la experiencia de mi familia cuando estábamos en Nairobi, me hizo pensar que aún no estaba fuera de peligro. Conversé con la señora Rookmaaker acerca de mis temores; ella se llenó de preocupación por la seguridad de Kiwanuka, y se comunicó con los miembros de "Salve a un niño bordando".

A los pocos días, este pequeño grupo de creyentes había reunido los fondos y hallado los patrocinadores necesarios para traer a Kiwanuka a Amsterdam. Nos sentimos abrumados por la incesante generosidad de aquellos creyentes y le enviamos llenos de júbilo una carta a Kiwanuka, invitándolo a ir a Holanda. Le hablé acerca de mis planes de ingresar al seminario, y le pedí que se me uniera y nos preparáramos para el día en que pudiéramos volver juntos a Uganda para reconstruir el país.

Kiwanuka no contestó mi carta, y le escribí por segunda vez a mediados de diciembre. Al no recibir contestación inmediata, intenté comunicarme con él por teléfono llamando a varios amigos mutuos en Londres. Nadie sabía con certeza dónde se hallaba, y después de varias pistas falsas, me encontré en un callejón sin salida. Lleno de frustración, le escribí una tercera carta, y oré con fervor para que las autoridades postales de Kenia le entregaran mi mensaje.

Dos días antes de Navidad, mientras aún esperaba la contestación de Kiwanuka, recibí una carta de Leónidas Mukasa, un anciano de la Iglesia Redimida. Mukasa, que había escapado hacía poco rumbo a Londres, me escribió diciendo:

Amado hermano Kefa:

Con profundo dolor debo informarle de la muerte de nuestro amado hermano en Cristo, Joseph Kiwanuka, que fue secuestrado en Kenia hace diez días. Fue llevado de vuelta a Uganda por la fuerza, y golpeado cruelmente en la cabeza por Malire y Amín. Estos siervos de Satanás trataron repetidas veces de hacerlo renunciar a su fe, pero nuestro hermano levantó las manos al cielo e invocó el nombre de Jesús hasta que su cuerpo se derrumbó y cayó muerto.

Me enteré de los detalles de la muerte de Kiwanuka varios días más tarde. Fue secuestrado en su habitación de un hotel en Nairobi por una pandilla de nubios, y lo llevaron directamente a la prisión de Makindye. Después de estar encerrado en una celda y de ser torturado por varios días, lo llevaron al patio público, donde Amín y Malire lo aguardaban con martillos. Kiwanuka los saludó a ambos de manera cordial, y mientras caían los golpes sobre su cuerpo, oró en voz alta pidiéndole a Dios que perdonara los pecados de sus asesinos. Una furia incontrolable se apoderó de Amín. Olvidando el deseo de darle una muerte lenta y dolorosa, tomó una mandarina que tenía cerca y lo golpeó en la cabeza. Con su último suspiro, Kiwanuka pronunció el nombre de Jesús y se desplomó a los pies de Amín, quien le cortó la cabeza y, después de practicar rituales de sangre con sus restos, guardó la cabeza en su congelador. Según se rumoraba, sus consejeros le habían dicho que al conservar la cabeza de Kiwanuka, podría llegar a ser igual que "Joe el bromista", el hombre más inteligente de Uganda.

La noticia de la muerte de Kiwanuka me afectó como si me hubieran dado un golpe físico. Durante varios días no pude comer ni dormir. Cumplía mis deberes en el centro de estudios como si estuviera sonámbulo, y

cuando trataba de orar, mis oraciones parecían caer en el vacío. Ya no quería conocer a Dios. ¿Cómo era posible que se hubiera llevado a Kiwanuka? ¿Cómo podría vivir sin verlo de nuevo, ni oír su risa, ni sentir su fuerte abrazo? Recordé las lágrimas de Kiwanuka en nuestro último encuentro y pensé en los muchos días que habíamos pasado orando y ayunando por el ministerio de la iglesia. Ahora no quedaba nada de nuestro trabajo. La iglesia estaba esparcida, casi todos los ancianos estaban en el exilio, y el orfanato había sido destruido. Todo había desaparecido. No me podía imaginar comenzando un nuevo ministerio sin Kiwanuka, y no quería volver a Uganda jamás.

Mi depresión siguió día tras día, y me convertí en un extraño aun para Penina y Damali. En más de una ocasión, el sonido de risas en el cuarto de estudios me hizo levantar la vista y mirar hacia la puerta esperando ver a Kiwanuka en la entrada. En tales momentos sentía el dolor de su muerte con la misma intensidad con que lo había sentido la primera vez.

Una tarde, más de una semana después de recibir la carta de Mukasa, dejé mi trabajo en el cuarto de estudio y me fui calladamente a nuestro dormitorio para estar solo. Me acosté en la cama con la mente en blanco, y traté de descansar. A los pocos minutos, estando entre dormido y despierto, comencé a escuchar sonidos extraños en la habitación. De repente, frente a mis ojos apareció una multitud de personas. Estaban vestidas con ropas de colores brillantes y conversaban y reían junto a varias mesas llenas de comida. La habitación estaba decorada con gran colorido, y el sonido de la fiesta y de los cantos llenaba mis oídos.

La escena cambió de repente. Vi frente a mí un cuarto con una tenue luz, lleno de hombres y mujeres que vestían raídas ropas negras de luto. Sus rostros estaban desfigurados por el dolor. Un diminuto perro pasó por la

habitación persiguiendo a un roedor de triste apariencia, y el sonido de sus lamentos torturó mis oídos.

En medio de la confusión y la oscuridad, escuché mi propia voz:

— ¿Dónde está Dios? — pregunté con voz acusadora —. ¿En qué cuarto está?

Los que gemían me miraron con asombro y se hicieron a un lado. Por primera vez observé entre ellos a un hombre y una mujer que estaban llorando. Me acerqué un poco más para verlos mejor y mi cuerpo se estremeció al reconocerlos. Era Jesús ante la tumba de Lázaro, y estaba llorando con María.

La visión se desvaneció y me encontré de nuevo acostado en la cama. Mi mente giraba y las palabras que habló Marta al acercarse a la tumba de Lázaro, retumbaban en mis oídos: "Señor, hiede ya, porque es de cuatro días" (Juan 11:39).

Por primera vez comencé a comprender la razón por la cual Jesucristo, el varón de dolores, había ido a la tumba donde yacía Lázaro ya maloliente. Llegó hasta el abismo de la muerte física y la destrucción, donde el cuerpo de un hombre se descomponía, y lloró. Pronto, su propio sufrimiento lo alcanzaría; moriría en una cruz sangrienta, torturado por los mismos a quienes vino a salvar. Su muerte parecería el triunfo máximo de Satanás y su reino. Pero la locura de la cruz, la desagradable realidad de una muerte terrible, era "poder de Dios, y sabiduría de Dios" (1 Corintios 1:24). Jesucristo, el Salvador sufriente del mundo, entraría al maloliente sepulcro y levantaría a sus hijos para vida eterna de la misma manera que había levantado a Lázaro. Escuché a Kiwanuka decir: — El cristianismo es resurrección. Ya no somos esclavos de la muerte.

Con estas palabras de Kiwanuka aún sonándome en los oídos, mis pensamientos volaron hacia el pasado, a una noche de 1972, cuando estaba junto a la cama de

hospital de un joven de nuestra congregación llamado Samuel. El joven se había convertido hacía menos de un año, dejando una vida criminal, y a pesar de su juventud, llegó a ser un creyente celoso y sabio. La noche anterior, Samuel había asistido a una vigilia de oración, y habíamos conversado y leído Salmos. Ahora yacía en estado de coma, y su cabeza estaba hinchada más allá de todo posible reconocimiento. Horas antes había tenido un accidente automovilístico, y al contemplar su cuerpo desfigurado, mi corazón se llenó de enojo. Caí de rodillas, y oré junto a la cama de Samuel toda la noche.

Oraba diciendo: — Oh Dios, Samuel no puede morir. El es uno de tus hijos, y Tú cuidas de los tuyos. Los médicos han perdido las esperanzas, pero Tú alcanzas donde el hombre no puede alcanzar. Tenemos tu promesa, Jesús, de que lo imposible para nosotros, es posible para tu Padre. Y si tus palabras no son verdaderas, no sé a dónde más voy a acudir. Por favor, salva a Samuel.

Samuel murió por la madrugada. Me senté junto a su cama y lloré, y luego, sintiéndome enfermo por el cansancio, caminé por los pasillos del hospital hasta la puerta. Al pasar por la sala de espera, una anciana me detuvo y me preguntó si estaba enfermo. La miré con resentimiento, pero la humildad y la ternura de su expresión me hicieron responderle con cortesía. Le conté la muerte de Samuel.

Tomándome por el brazo, me dijo: — ¿Sabe una cosa? A través de la muerte de muchos familiares y amigos, y a través de muchos dolores, el Señor me ha enseñado una cosa. Jesucristo no vino para llevarse nuestro dolor y nuestros sufrimientos, sino a compartirlos.

Ahora, más de un año después, las tiernas palabras de esa mujer cobraron un nuevo significado. Pude ver que mi angustia por la muerte de Kiwanuka me había hecho

pensar que yo era más razonable y más compasivo que Dios. Pero Dios no estaba lamentándose por su pueblo desde la distancia. Su propio Hijo había sufrido el dolor físico y la muerte, y aún sufría con el sufrimiento de sus hijos. No llorábamos solos; Jesucristo lloraba con nosotros. Además, nuestra tristeza duraría sólo por breve tiempo:

"Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas" (Salmo 126:6).

Lo que Kiwanuka y miles de mártires más habían sembrado con lágrimas, sería cosechado con gozo por ellos y por la Iglesia.

¹ En su obra *El Archipiélago Gulag*, Alexander Solzhenitsyn explica la resistencia a huir, tan conocida por los que viven bajo un régimen tiránico, pero casi incomprensible para los que viven en la comodidad y seguridad de la democracia. Al comentar acerca de la pasividad de sus compatriotas ante las masacres de Stalin, Solzhenitsyn dice lo siguiente: "La inocencia de la mayoría determinó la inacción general. *A lo mejor no me llevan a mí. A lo mejor me salvo...* Soy inocente; ¿por qué me van a detener? ¡Es un error! Ya lo llevan a uno arrastrado por el cuello, y aún sigue diciéndose: — ¡Es un error! ¡Lo averiguarán todo y me soltarán!"

Nuestro primer "mañana"

En el mes de febrero de 1974, Penina, Damali y yo nos despedimos de nuestros amigos de Holanda y abordamos un avión rumbo a los Estados Unidos. Volamos hasta Filadelfia, en Pennsylvania, donde comencé un programa de tres años de estudios teológicos tan pronto llegamos al seminario de Westminster.

Desde la primera semana en Filadelfia, experimentamos la generosidad sin límites de los creyentes norteamericanos. El seminario nos proporcionó un apartamento, y los profesores y sus familias nos dieron muebles. Mis compañeros de estudio, algunos de los cuales tenían apenas suficiente para su propia familia, nos dieron alimentos y ropa, y hasta un televisor. Parecía que dondequiera que íbamos, se escuchaban expresiones de asombro al momento de presentarnos. — ¿Ustedes son los Sempangi? ¡Nuestra familia ha estado orando por ustedes varios meses! ¡Bienvenidos a Filadelfia! — El calor humano de estas bienvenidas nos hacía sentir como si estuviéramos en nuestra propia casa, y comenzamos a experimentar un nuevo sentido de seguridad y de paz en nuestra vida.

Poco después de nuestra llegada, Penina anunció que tenía pensado ir de compras al día siguiente. Había una venta especial en una tienda por departamentos cercana, y quería aprovechar los precios bajos.

—Mañana voy a ir de compras a esa tienda para aprovechar la gran venta de invierno — comentó Penina, pero antes de que pudiera responderle, rompió a llorar. La miré alarmado. Pensé que estaba preocupada por nuestro estado económico y le aseguré que teníamos suficiente dinero para que fuera de compras. Lo único que hizo fue llorar con más fuerza. Después de un momento, habló entre sollozos:

— No lloro por el dinero — me dijo —. ¿Sabes que es la primera vez en dos años que usamos la palabra "mañana"?

Por fin entendí lo que le sucedía. Nuestro primer "mañana"; durante dos años habíamos vivido en un temor constante, incapaces de pensar en el futuro. Todos nuestros amigos habían desaparecido, los ciudadanos más destacados habían sido asesinados, aldeas completas habían sido destruidas. Nunca sabíamos cuándo nos llegaría la hora, nuestro cuerpo temblaba al oír el sonido de las hojas, y no teníamos fuerzas para pensar en el futuro. Al contrario, habíamos aprendido a orar igual que los hijos de Dios en el desierto, que pedían maná suficiente para un solo día. Era la oración de un pueblo que tenía que implorar a diario la gracia de Dios.

Penina fue a la tienda al otro día, tal como lo había planificado, y en los días siguientes hubo muchos planes y muchos "mañanas". Volvimos a aprender a hablar acerca del futuro, y desaparecieron las tensiones y las ansiedades que se habían convertido en la norma de nuestra existencia. Hasta en Damali podíamos notar una tranquilidad y una estabilidad distintas.

El primer semestre pasó con rapidez. Penina dio a luz a nuestro hijo, Dawudi Babumba. En el otoño, volví a mis estudios.

Durante aquel segundo año, noté que había ocurrido un cambio en mi vida. En Uganda, Penina y yo leíamos la Biblia en busca de esperanza y vida. La leíamos para

oír las promesas de Dios; para oír sus mandamientos y obedecerlos. No había tiempo para discrepancias religiosas o para dudas.

Ahora, en la seguridad de una nueva vida y con la imagen de la muerte cada vez más lejos de nuestra mente, me di cuenta de que estaba leyendo las Escrituras para analizar los textos y especular acerca de su significado. Llegué a disfrutar de las discusiones teológicas abstractas con mis compañeros de estudio, y a pesar de que estas discusiones eran intelectualmente refrescantes, al poco tiempo nuestra unión giraba alrededor de las ideas, y no de la obra de Dios en nuestra vida. No era la sangre de Jesucristo la que nos daba la unidad, sino el acuerdo en asuntos doctrinales. Nos reuníamos para debatir y no para la confesión y el perdón.

El cambio más grande ocurrió en mi vida de oración. En Uganda oraba con un profundo sentido de urgencia. Me negaba a ponerme en pie hasta estar seguro de que había estado en la presencia del Cristo resucitado. No era sólo la dádiva lo que necesitaba, sino que necesitaba al Dador. Necesitaba saber que el Dios de los huérfanos y de las viudas, el Dios de los indefensos, había escuchado mis oraciones. Ahora, después de un año en Filadelfia, ese sentido de urgencia había desaparecido. Cuando oraba en público, me preocupaba más de la corrección teológica que de estar ante la presencia de Dios. Aun en privado, mis oraciones ya no eran como los angustiosos gemidos de un niño. Eran sólo tranquilizantes espirituales, pensamientos que no se relacionaban con nada fuera de ellos mismos. Cada vez más, veía que me acercaba a Dios con peticiones vagas sobre dádivas que en realidad no esperaba recibir.

Una noche, oré de la manera acostumbrada, y estaba a punto de levantarme de la oración, cuando escuché la voz acusadora del Espíritu Santo:

— Kefa, ¿por quién estabas orando? ¿Qué querías?

Antes oía en tus oraciones los nombres de los niños, y los nombres de tus amigos y familiares. Orabas por Okelo, por Topista, por el doctor K., por Alí, por Nakasi, por tu padre... Ahora oras por "los huérfanos", por "la Iglesia" y por tus compañeros "refugiados". ¿Cuáles refugiados, Kefa? ¿Cuáles creyentes? ¿Cuáles huérfanos? ¿Quiénes son estas personas, y qué quieres para ellas?

Fue una fuerte reprimenda. Mientras caía de rodillas de nuevo, y pedía perdón por mi incredulidad, sabía que no eran sólo mis oraciones las que habían sufrido. No era sólo mi mala memoria la que había causado que los nombres desaparecieran de mi mente y había convertido a las personas más allegadas a mí en meras abstracciones. Dios mismo se había convertido en una figura distante. Se había convertido en un tema de discusión; en una categoría abstracta. Ya no me dirigía a El como a un Padre viviente, sino como a un ser impersonal a quien no le importaban mi desatención y mi incredulidad.

Desde esa noche en adelante, mis oraciones se hicieron más específicas. Oraba por personas verdaderas, cuyas necesidades eran también verdaderas. No pasó mucho tiempo antes de que estas necesidades se convirtieran en los medios para acercarme cara a cara al Dios Vivo. Durante la primavera de 1975, recibimos la primera carta procedente de la comunidad de refugiados ugandeses de Nairobi. La había escrito la señora Ezeresi Kawooya, la viuda que era propietaria de los terrenos donde la Iglesia se había reunido para los cultos, y la historia que nos contó era impresionante. Poco después de la muerte de Kiwanuka, Malire había hecho una investigación exhaustiva de la participación de ella en los asuntos de la Iglesia Redimida. En el mes de enero de 1974, se vio obligada a huir de Uganda con sus cuatro hijos menores. Llegaron a Nairobi sin pose-

siones y sin dinero, y tuvieron que dormir en la calle por varios días. Finalmente, la señora Kawooya consiguió un cuarto pequeño y barato y comenzó a trabajar en servicios de limpieza y trabajos esporádicos a fin de mantener unida y alimentada a toda su familia.

La señora Kawooya llevaba poco tiempo en Nairobi cuando comenzó a recibir la visita de otros refugiados. A mediados de 1974, cientos de ugandeses huían de su madre patria cada mes, y noche tras noche, la señora Kawooya abría sus puertas a los hambrientos y necesitados. Nunca rechazaba a nadie mientras tuviera espacio, y nadie se marchaba con hambre mientras tuviera comida. Una mañana, el dueño se molestó al encontrar a diez personas durmiendo en la habitación que había alquilado para cinco. Amenazó con echar a la señora Kawooya a la calle, y ella prometió cambiar. Varios días más tarde, cuando volvió el dueño, encontró a doce personas durmiendo en el piso. La señora Kawooya le explicó que eran personas hambrientas y desamparadas. ¿Cómo podía rechazarlas?

Ahora, estaba en peligro de perder su habitación. Su trabajo de limpieza más seguro había terminado, y ninguno de sus hijos había podido asistir a la escuela desde que habían llegado a Kenia. Tenía la esperanza de hallar un empleo mejor. Cuando lo tuviera, matricularía a sus dos hijos mayores en una escuela primaria que estaba cerca de la casa. Para ella, eso era lo más difícil: sus hijos se estaban criando sin una preparación académica. A los niños refugiados de Uganda no se les permitía asistir a las escuelas públicas de Kenia, y muchas madres preferían pasar hambre a fin de pagar los gastos escolares de sus hijos. Una de las frustraciones más grandes de los refugiados era ver a sus hijos crecer sin una preparación, especialmente en el caso de aquellos padres que tenían una buena preparación académica.

Penina y yo leímos la carta de la señora Kawooya entre lágrimas. Queríamos enviar dinero para sus hijos con todas las fuerzas de nuestro corazón, pero sabíamos que nada podíamos hacer. A menudo hacíamos bromas entre nosotros, diciendo que lo único que nunca faltaba en nuestro refrigerador era la luz, y en esos momentos, como de ordinario, sólo teníamos lo suficiente para cubrir nuestras propias necesidades. Carecíamos de medios para ayudar a otros.

Varias noches después de recibir la carta, antes de acostarnos a dormir, leímos el capítulo catorce del evangelio según San Mateo.

Era el mismo pasaje que me había leído aquel hombre de la Hermandad de Avivamiento tantos años atrás. Jesús estaba en un lugar desierto, después de la muerte de Juan el Bautista, y les ordenó a sus discípulos que le dieran de comer a la multitud. Los discípulos reaccionaron con incredulidad. Ni siquiera tenían suficiente para alimentarse ellos mismos:

"Y ellos dijeron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. El les dijo: Traédmelos acá. Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. Y comieron todos, y se saciaron" (Mateo 14:17-20).

Leímos estas palabras en voz alta, y nos quedamos asombrados y silenciosos, mientras una nueva comprensión llenaba nuestro corazón. En el partimiento del pan, Jesús les enseñó a sus discípulos cuál era la respuesta de Dios a la persecución. Juan el Bautista había sido martirizado, pero en medio de la tristeza,

Jesús se humillaba a sí mismo para servir al Padre. Le daba alimento con aquel pan a un pueblo hambriento, simbolizando su propia muerte en la cruz. "Tomad, comed; ésto es mi cuerpo que por vosotros es partido" (1 Corintios 11:24). Este era el mensaje de Jesús. Dios había enviado a su Hijo unigénito para que fuera bendecido y quebrantado, como el pan; para que lo entregaran a la muerte por medio de la traición, para que salvara a su pueblo. De igual forma, Jesús estaba llamando a sus discípulos a participar con El en su sufrimiento. Los estaba llamando a la obediencia.

Esa noche entendimos que nosotros también habíamos sido llamados a un ministerio de obediencia. No podíamos permanecer en la distancia y decirles a nuestros compatriotas refugiados: — Nuestro corazón está quebrantado ante vuestro sufrimiento. — Sólo se quebrantaría realmente si compartíamos sus sufrimientos, compartiendo con ellos nuestras posesiones. Pero Jesús no nos mandaba a apacentar sus corderos con nuestros propios medios. A El no le preocupaba el estado de nuestra cuenta bancaria. Sólo nos estaba pidiendo que le diéramos a El lo poco que teníamos. El lo bendeciría, lo partiría y lo usaría en medio de la persecución para alimentar a sus hijos.

— Creo que hay algo que le podemos enviar a la señora Kawooya — dijo Penina cuando terminamos de conversar esa noche —. Le podemos enviar los veinte dólares que hay en mi bolso.

Ante las necesidades de la señora Kawooya, veinte dólares parecían algo insignificante, pero después de pedirle a Dios que bendijera y multiplicara nuestro regalo, enviamos el dinero a Nairobi a la mañana siguiente. Le explicamos a la señora Kawooya que enviaríamos más dinero tan pronto pudiéramos, y le pedimos que no le diera nuestra dirección a nadie en Nairobi. No queríamos ser abrumados con peticiones de

dinero, y aún estábamos un poco preocupados acerca de nuestra propia seguridad.

A las tres semanas comenzamos a recibir cartas desde Nairobi. "Una amiga secreta" les había dado nuestro nombre. ¿Podíamos ayudar a una desamparada familia de ocho personas? "Una señora respetable" les había dicho que tal vez pudiéramos ayudarles. ¿Podíamos enviar dinero para los gastos escolares de unos niños? ¿Podíamos ayudar a pagar una cuenta de hospitalización de grandes proporciones? ¿Podíamos patrocinar a un estudiante universitario en su último año en la escuela de medicina?

Cuando leímos estas peticiones, no supimos si reír o llorar. Nuestra propia situación era más estrecha que nunca. No teníamos más dinero para ayudar a la señora Kawooya; ¿cómo íbamos a ayudar a las personas totalmente desconocidas que ella nos enviaba? Si no había panes, ¿qué se podría multiplicar? Con profunda frustración, pasamos varias noches en oración pidiéndole a Dios que supliera las necesidades de aquellos que habían acudido a nosotros buscando ayuda.

Ese mismo mes un donante anónimo nos envió un cheque por la cantidad de ochocientos dólares. El dinero llegó por medio del seminario, y cuando supimos la noticia nos miramos el uno al otro llenos de incredulidad. No habíamos esperado tanto de nuestras oraciones. Sólo habíamos pensado que algún día tendríamos otros veinte dólares para usarlos. Ahora, de repente, teníamos cuarenta veces esa cantidad.

Con la misma rapidez, nos invadió un espíritu de posesividad. Era fácil entregar veinte dólares; ochocientos dólares podían comprar un auto, o muebles para el apartamento. Podríamos comprar una lavadora y una secadora automáticas, o una nueva cama para los niños. ¡Seguramente que Dios quería que nos cuidáramos a nosotros mismos! Después de todo, el dinero nos lo

habían enviado a nosotros. Podríamos satisfacer nuestras propias necesidades, y tener dinero de sobra aún para enviarle un regalo sustancial a la señora Kawooya.

Aun mientras estábamos racionalizando todo esto, el Espíritu de Cristo nos movió a la obediencia. Sabíamos que el dinero había venido como respuesta a nuestras oraciones por los refugiados; sabíamos que les pertenecía a ellos. No era para nuestro uso, sino para dárselo a otros. Le enviamos los ochocientos dólares a la señora Kawooya, y le pedimos que distribuyera el dinero entre los refugiados que nos habían escrito solicitando ayuda. También hicimos una nueva promesa al Señor: no retendríamos para uso nuestro nada de lo que llegara a nuestras manos con la orden de distribuirlo, ya fueran cincuenta centavos o un millón de dólares. Se lo daríamos a sus hijos.

Desde ese momento en adelante, una corriente continua de dinero ha pasado por nuestras manos. Algunos amigos del seminario comenzaron a darnos dinero con destino a nuestros compatriotas refugiados y en poco tiempo las escuelas dominicales de la región y los círculos de estudios bíblicos estaban haciendo colectas especiales. Cada vez con mayor frecuencia tuve la oportunidad de hablar ante iglesias y organizaciones acerca de las necesidades de los ugandeses en la ciudad de Nairobi.

En los tres años transcurridos desde que mi familia y yo habíamos escapado de Uganda, el número de ugandeses en el exilio se había multiplicado desde un pequeño grupo de refugiados políticos hasta más de cien mil personas entre hombres, mujeres y niños. Los que habían sido obligados a huir eran en su mayoría profesionales — médicos, agrónomos, educadores, hombres de negocio y militares de alto rango — que raras veces llegaban a Kenia con algo más que la ropa que llevaban puesta. Para la mayoría de ellos, que no

podían sufragar los gastos de seguir hacia el Occidente, la vida se convertía en una lucha por la supervivencia. La cifra del desempleo en Kenia estaba en el sesenta por ciento, y el gobierno puso leyes estrictas que les prohibían trabajar a los refugiados.

Como resultado de estas leyes, milés de familias ugandesas estaban viviendo en las peores condiciones. Dormían en los parques, se amontonaban en los garajes y viviendas de sirvientes, y muchos se veían obligados a mendigar para conseguir comida. El constante movimiento de espías de Amín que entraban y salían de Kenia, creaba un ambiente de tensión y desconfianza, y no era raro que los refugiados ugandeses desaparecieran. De todas las dificultades, quizá la más grave era el ocio. Los hombres que habían estado acostumbrados a practicar sus habilidades profesionales durante años, de repente se hallaron sin nada que hacer en todo el día.

La noticia corrió con rapidez entre estos desesperados refugiados: había la posibilidad de recibir ayuda de los Estados Unidos. Muy pronto tuvimos en el correo una continua invasión de cartas procedentes de Nairobi. Muchas de estas cartas eran escritas por personas que acababan de escapar de Uganda, y las noticias que traían eran devastadoras. El exitoso rescate de los israelitas en Entebbe durante el mes de julio de 1976 había sido una profunda humillación para Amín. En su lucha desesperada por restablecer su autoridad, perecieron millares de ugandeses. Hubo una renovada persecución contra los cristianos. Una devastadora incursión a la Universidad de Makerere dejó la institución cerrada temporalmente, con un saldo de cientos de estudiantes muertos. En octubre, hasta dos hijos de Amín habían sido enviados a la cárcel.

La nación estaba en quiebra. La "guerra económica" de Amín había fracasado y el chelín de Uganda valía sólo un diez por ciento de su valor anterior. Si no hubiera

sido por la agricultura de subsistencia, habrían muerto millones de ugandeses de hambre. Para poder conseguir alimentos básicos como la sal o el azúcar las personas se veían obligadas a hacer largas filas en las tiendas gubernamentales, sabiendo que aun después de esperar largas horas, era muy posible que no conseguirían nada. Una persona que había huido hacía poco, me escribía contándome que en una fila para comprar azúcar, había una mujer con un niño a punto de morir de hambre. Había vendido todo lo que poseía para ir a la ciudad a fin de comprar comida. Mientras aguardaba al final de la fila en desesperada ansiedad, un hombre compasivo que estaba detrás de ella le sugirió que le pidiera a alguien que estuviera al principio de la fila que le dejara un lugar. La mujer se movió hacia el frente, y un mercenario que estaba vigilando la fila se acercó para averiguar qué pasaba. El mercenario habló en un idioma que la mujer desconocía, y cuando dio un traspié, él la tiró al suelo de un puntapié. El soldado continuó dándole puntapiés hasta que murió, con el niño aún en sus brazos. Nadie se interpuso; nadie protestó. La gente indefensa siguió esperando su azúcar, y el mercenario arrastró a la mujer hasta el otro lado del camino y la tiró en la maleza.

Sin embargo, por cada carta como ésta, con una historia de sufrimiento y terror, había varias que hablaban de la gracia de Dios y del amor que sobrepasa todo entendimiento. Estos testimonios nos hacían llorar, y por primera vez comenzamos a vislumbrar el significado de la destrucción de nuestro país, tan carente de sentido desde cualquier otro punto de vista. Un miembro exiliado de la Iglesia Redimida nos escribió diciendo:

*¡Gloria a Dios por el testimonio de Jesucristo,
quien nos trae esperanza y vida aun en medio de.*

la muerte! ¡Gloria a Dios por el testimonio del comandante Emmanuel Ogwal! El comandante Ogwal era seguidor de Obote, y predicó su primer y último sermón a la orilla de su tumba. Un día, los soldados de Amín lo persiguieron por el centro de Kampala, y cuando trató de esconderse en la casa del doctor George Ebine,¹ se desató un prolongado tiroteo. Después, encontraron al comandante Ogwal orando y herido de muerte. Uno de los soldados le puso un cuchillo en la garganta y mientras maldecía, lo amenazó con cortarle la cabeza a menos que dejara de orar. El comandante lo miró a los ojos con firmeza, con la sangre cayéndole por el rostro, y le dijo: — Estoy orando por usted. — Lo amenazó violentamente de nuevo, pero el comandante Ogwal continuó orando. El soldado le cortó la cabeza. La vida del comandante Ogwal terminó sobre la tierra, pero uno de los soldados que participaron en el asesinato fue movido al arrepentimiento por el testimonio de su muerte. Más tarde, el soldado buscó a un pastor, confesó sus pecados y se convirtió en seguidor de Jesucristo.

La señora Florence Lubega, quien había sido miembro del parlamento de Uganda, también nos escribió una carta. Su esposo había sido asesinado hacía poco; nos escribía desde Londres, donde estaba viviendo en el exilio:

Desde mi conversión, he estado orando para que Dios destruya a Amín. He deseado su muerte y cuando veo un retrato suyo me siento enferma. Ahora no sé cómo orar. Cuando hui de Uganda, lo perdí todo. Los soldados de Amín se llevaron

todas mis pertenencias. Viví en Nairobi casi un año, durmiendo en un garaje con sólo unos periódicos entre el cuerpo y el frío piso de cemento. No tenía nada que comer. Fue entonces cuando aprendí lo que no había aprendido mientras dormía en un colchón con el estómago lleno. Aprendí a amar a Jesucristo, el Salvador sufriente. Desde entonces, llegué a Londres, y aún he seguido orando por el derrocamiento de Amín. Pero pienso: ¿No debería más bien alabar a Dios por haber levantado un hombre tan malvado, que tomó todo cuanto yo poseía, e hizo que viera al Señor? "En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor" (Isaías 6:1). Cuando todo se hace incierto, es cuando el rostro del Señor se ve con claridad.

La carta de la señora Lubega trajo nueva sanidad a mi vida. Yo también había llegado a odiar a Amín y me sentía enfermar cada vez que veía su cara. Ansiaba su muerte al pensar en los miles de personas indefensas que él había asesinado. Pero la señora Lubega tenía razón. Hasta el mismo Amín se hallaba indefenso ante la gracia de Dios, y no podía controlarla. Él había escogido las armas del sufrimiento y el terror para destruir al pueblo de Dios, pero Dios había tomado esas mismas armas, y las había usado para redimir a sus hijos.

Penina y yo aprendimos una lección importante con la carta de la señora Lubega y cientos de cartas similares a ella. La historia de lo que Dios estaba haciendo en Uganda no terminaba con Idi Amín. Lo que el faraón quería usar para el mal, Dios lo estaba usando para el bien. Junto a cada titular de periódico, cada historia de atrocidad y de muerte, había otra historia que nunca se informaba y pasaba inadvertida. Era la historia de

204 *Una angustia lejana*

aquellos que por fe habían "evitado filo de espada" y la de aquellos otros que, también por fe, habían sido "muertos a filo de espada" (Hebreos 11:34, 37). Era la historia de cómo el pueblo de Dios había llegado a comprender las profundidades del amor en medio de su gran sufrimiento. Era la historia de cómo Dios había guiado a sus hijos al desierto en su providencia, para prepararles mesa en presencia de sus angustiadores.

"Luego son menoscabados y abatidos a causa de tiranía, de males y congojas. El esparce menosprecio sobre los príncipes, y les hace andar perdidos, vagabundos y sin camino. Levanta de la miseria al pobre y hace multiplicar las familias como rebaños de ovejas. Véanlo los rectos, y alégrese, y todos los malos cierren su boca. ¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová? (Salmo 107:39-43).

¹ El doctor Ebine desconocía el intento del comandante Ogwal por esconderse en su casa, pero un momento después, los soldados lo localizaron en su hospital y lo detuvieron en la sala de operaciones. Lo llevaron a la prisión de Makindye, donde fue aplastado por un tanque de guerra.